

# La historia de la corona. Un reinado viral, legado de la humanidad

**Damián Lerman Tenenbaum**

Vicedecano de la Facultad de Ciencias Médicas. UNR

**Autor por correspondencia:** Damián Lerman Tenenbaum—[damianlerman@live.com](mailto:damianlerman@live.com)

**Conflicto de intereses:** no presenta

Desde tiempos inmemoriales las enfermedades infecciosas constituyeron rasgos distintivos de las sociedades, estigmas que cayeron con inestimable sobrepeso sobre los más desprotegidos y financiaron a “troche y moche” a las industrias farmacéuticas. Fueron y son tan desestabilizadoras que replantean a menudo la manera de vivir al cobijo de los cambios emanados del ser humano, aquellos que nos imprimen en el inconsciente como “la modernidad” a cualquier costo. ¿Cómo podríamos entenderlo de otra manera? ¿Todavía no nos dimos cuenta que la Vinchuca vive en el monte y nosotros desembarcamos en él con toda nuestra pobreza a cuestas? ¿Alguien piensa que cuanto más árboles talemos y nos adentremos en la selva, entre otras cosas, no nos exponemos a la Leishmaniosis? ¿Cabe alguna duda que las necesidades básicas insatisfechas son caldo de cultivo para la transmisibilidad? Aunque todo esto sea tan fácil de ver, los círculos aún siguen cerrando con la misma ecuación que, entre sus cálculos, cuentan con la adición de enfermedad-pobreza-muerte-desprotección-ganancia de unos pocos y cuyo resultado engloba el caos.

Sin embargo, ¿qué hace que las enfermedades infecciosas sean tan complejas, tan desafiantes y tengan esa inexorable capacidad de definir, muchas veces, los destinos políticos y económicos de los diferentes territorios de este mundo? en respuesta, yo diría casi sin lugar a vacilar, la interacción de los huéspedes sometidos a las injurias clasistas de un entorno hostil y falsamente reverberante, donde los agentes infecciosos se vanaglorian a cada minuto “acomodando” su próximo ataque con precisión de reloj Suizo. Esos mismos agentes que poseen el don, la capacidad inexpugnable de transmitirse por lugares que no podemos materializar (Tuberculosis/aire), de cobijarse en sitios inhóspitos y mantenerse al acecho esperando una solución de continuidad (Leptospirosis/agua), de redoblar la apuesta ante la continua agresión química (resistencia antimicrobiana), de utilizar vectores estratégicamente ubicados por la naturaleza (FHA/roedores) y todo esto en función de subsistir, solo por vivir...porque, al fin y al cabo, son microscópicos seres vivientes que ante cada síndrome nos recuerdan su existencia con orgullo e inocencia. También cuentan con la inestimable capacidad de *adaptarse*, conviviendo y compartiendo lugares tan internos como el mismísimo intestino grueso, y tan superficiales y estéticos como la piel. Se otorgan venias al paso, sigilosas y taciturnas noches de intercambios de material génico, revueltas revolucionarias pandémicas con acopio de amistad e insurgencia consensuada con el fin colectivo de subsistir. ¡Cuán distintos somos los humanos!, solo miramos el presente y cuando lo hacemos al futuro es con fines de progreso material, cuanto deberíamos aprender. Finalmente, y no menos importante, cuentan con un gran repertorio que se renueva a menudo, totalmente versátil y estimablemente adaptable a cualquier situación en donde el cambio de nombres no resiente para nada el funcionamiento ni el terreno ganado, mutan y exhiben sus variantes como si nada. Nunca dejan los logros “de otrxs” en el olvido, lo toman como parte del andamiaje que les dio origen, lo respetan, no empiezan de cero denostando su génesis; hacen casi lo contrario a los humanos.

En definitiva, se adaptan, se camuflan, cambian su cara y construyen en conjunto; eso

las hace tácticamente insuperables y, si lo entendemos así, no debemos buscar la victoria sino el equilibrio. Seguramente tendremos que razonar sobre el presente y mover las fichas de ajedrez pensando en el futuro. Debemos decidir si dejamos que los procesos de enseñanza y aprendizaje pivoten sobre los mismos estudios que son subvencionados por las industrias farmacéuticas que no dejan de acumular riquezas y nos obligan a discutir sobre terreno infértil. Tendremos que concertar si es mejor talar árboles que plantarlos, si las viviendas dignas pueden más que las condiciones paupérrimas de muchos de nuestros compatriotas, si el calentamiento global y la desigual distribución de la riqueza seguirán golpeando a las naciones más pobres. **Porque en definitiva no sería entonces necesario discutir sobre patentes de vacunas ni asistir a las diferencias geopolíticas sanitarias donde existen lugares desprotegidos convertidos en usinas de muertos y en caldos de nuevas variantes de coronavirus que asolen la humanidad.**